

UN VIAJE A LA RABIDA



I

ERCA de medio siglo ha transcurrido, desde que en 1848 hice un viaje á La Rábida. Entonces fué cuando escribí, con todas las inexperiencias de la juventud y todos los desfogues del romanticismo, ciertas impresiones de viaje, que hube de publicar por los años de 1850, formando parte de la obra titulada: *Los Frailes y sus conventos*.

Hallábase á la sazón en todo su vigor y fuerza lo que hoy se ha dado en llamar la leyenda colombina.

Nadie ponía en duda que el antiguo guardián de aquel cenobio se llamaba Juan Pérez de Marchena. Nadie se hubiera atrevido á desmentir la leyenda, según la cual Cristóbal Colón se había acercado á las puertas del convento á pedir un pedazo de pan para su hijo, débil y desfalleciente por la sed y por el hambre. No es, pues,

de extrañar que fingiera yo un coloquio muy romántico entre Colón y Marchena, con otras entretenidas y sabrosas pláticas y narraciones, inspiradas principalmente por los romances del duque de Rivas, que estaban por aquel tiempo muy en boga y que lo estarán mientras haya culto y amor de poesía, por más que sea su base la fábula.

De todos modos, aquélla es la leyenda verdad, es decir, la leyenda que sigue y acompaña al hombre superior, partiendo de un hecho positivo para engrandecerle y ensalzarle, presentándole de la manera que más simpática pueda ser, á fin de que su figura resulte más elevada y engrandecida. No la leyenda mentira, que busca detalles y minucias para empequeñecer al hombre, deprimiéndole y afrentándole.

Todo esto quiere decir que, por lo que á mí toca, no estoy arrepentido de haber escrito *Mi viaje á La Rábida* de 1850 en la forma y manera que lo hice. Fué en loa de Colón, y para más ennoblecerle. También en loa de España, y para más ensalzarla, todo según uso y costumbre de aquella época y de aquella literatura, que á enaltecer tendían siempre, nunca á rebajar ni á deprimir.

Cuando fui á La Rábida, en la época á que aludo, hallé aquel edificio desmantelado y poco menos que en ruinas, tal y como debió encontrarlo el duque de Rivas, que dijo en sus romances:

Á media legua de Palos,
sobre una mansa colina
que dominando los mares
está de pinos vestida,
de La Rábida el convento,
fundación de orden francisca,
descuella desierto, solo,
desmantelado, en ruinas.

Según vetustas crónicas refieren, en el lugar que hoy se llama Palos— nombre que es en España monumento de gloria por recordar uno de los hechos más maravillosos que presenciaron los siglos— se levantaba una ciudad que debió ser, á juicio de algunos, la famosa Olontigi de los romanos. No he de ser yo, ciertamente, quien combata esta opinión, ni quien la patrocine tampoco, falto en el momento de razones para aceptarla ó rebatirla; pero sí diré que existen sobrados datos para afirmar que allí asentaba una gran población romana, y en ella un prefecto ó gobernador llamado Terreum, valido poderoso del emperador Trajano.

Durante el mando de este prefecto acertó á morir una hija del César, y Terreum aprovechando la ocasión para dar pública muestra de amor y gratitud á su protector Trajano, mandó levantar un templo en honor de la difunta doncella, que se llamaba Proserpina, siendo dedicado por esta razón á la diosa del mismo nombre. Erigióse el templo en el sitio donde se halla el convento de Santa María de La Rábida.

Al cabo de tres años, que fueron los que tardó en concluirse el edificio, hizo labrar en piedra la imagen de la doncella Proserpina, y, colocándola en una peana de oro dentro de una hornacina de plata, decretó para ella honores divinos, concediendo singulares prerrogativas al templo, entre otros la del perdón é indulto para todo reo que lograra refugiarse en el sagrado recinto. Señaló también el 2 de Febrero de cada año, día de la inauguración, para celebrar una solemne fiesta de aniversario

á la que habían de concurrir todas las doncellas de la ciudad y sus alrededores, dos de las cuales debían ser sacrificadas ante el ara de Proserpina, con el fin de que en sus entrañas palpitantes pudieran leer los arúspices el porvenir del imperio.

En cumplimiento de este edicto, cada año, el 2 de Febrero, con los primeros rayos del día, se congregaban todas las doncellas, acompañadas de sus familias, de los sacerdotes y de gran muchedumbre de pueblo, en un sitio conocido aún, según parece, con el nombre de *Campo del Sacrificio*, en el llamado Prado de Alcalá. Echábanse allí suertes, y las solteras á quienes tocaba ser sacrificadas eran conducidas al pie del ara de Proserpina, donde se las inmolaba con gran contentamiento de la multitud y, al parecer, de ellas mismas, pues que tenían como dicha suprema la de morir ante la imagen de su diosa veneranda, creyendo que las gotas de su sangre, arrojadas luego por los sacerdotes al fuego sagrado que ardía en el áureo trípode, les facilitaba el acceso al Olimpo y á la sociedad de sus divinidades.

Según la tradición cuenta y refiere, corría el año 159 de Cristo y era su 2 de Febrero. La multitud invadía el templo y sus alrededores esperando el regreso de las doncellas, que se habían retirado para echar suertes. Todo estaba dispuesto para recibir á las víctimas; el pueblo impaciente en la plataforma donde se alzaba el templo; los patricios ocupando las gradas, vestidos con sus lujosos trajes de fiesta; los *flámines* de pie en el umbral; los arúspices retirados y con los ojos fijos en tierra, como en actitud de meditación y en espera del momento propicio para interrogar el porvenir en las entrañas palpitantes de las inmoladas doncellas; la llama sacra ardiendo en el dorado trípode; el sacerdote victimario, coronadas las sienes por una rama de encina y cubierto con la piel de cabra, empuñando la hoz destinada á segar el cuello de las víctimas; el *cultarius* sujetando con férrea mano la vaca negra que el rito exigía sacrificar á Proserpina antes que las dos jóvenes; y, finalmente, el ara pulimentada y brillante donde iban á ser tendidas las infelices que con su sangre habían de empañar la blancura de la piedra.

Dos muchachas entraron en el templo dirigiéndose al altar guiadas por los *flámines*. Vestían la túnica *pretexta*, bordada de púrpura, con lo cual indicaban ser doncellas, y llevaban prendido el *flámeum* ó largo velo de color de fuego, ceñido á su frente por una rama de laurel en forma de diadema, con que denotaban ser las víctimas destinadas al sacrificio.

En el instante en que llegaban al pie del ara, resonó en el templo un grito terrible, lanzado por Cornelio, joven caballero de la vecina Palos, quien, en una de las dos jóvenes designadas por la suerte para el sacrificio, acababa de reconocer á su desposada Sextilia, hija del cuestor de la ciudad. Reinó un momento de confusión entre los espectadores, que fué aprovechado por el mancebo, el cual, en compañía de varios jóvenes patricios sus amigos, se abalanzó al sitio donde estaba Sextilia, tomándola en brazos para hurtarla al suplicio, y precipitándose en seguida con su preciada carga hacia la puerta del templo. Fácil le hubiera sido de seguro conseguir su intento, si en aquel instante no hubiese aparecido de repente ante la puerta un sa-

cerdote arúspice que, blandiendo el sagrado *lituus*, ó bastón encorvado, y dominando el tumulto con su voz tonante, lanzó terribles imprecaciones contra el sacrílego mancebo que interrumpía los misterios religiosos arrebatando la víctima destinada á los dioses.

—Vuestros dioses son falsos, gritó en esto una voz que salía de entre la multitud.

Y abriéndose paso con dificultad, se presentó un anciano de venerable aspecto y lengua barba, que vestía una especie de saco atado á la cintura por unos cordones, y apoyaba sus débiles pasos en un rústico cayado. Era Siriaco, el cristiano sacerdote de Sevilla, llegado recientemente á Palos para predicar la religión del verdadero Dios y del sublime Crucificado.

Su voz dominó la del arúspice. Con su presencia impuso el respeto, con sus ademanes la atención, y la simpatía con sus ojos. Largo tiempo estuvo hablando sin ser interrumpido, y con profundo silencio le oyeran anatematizar los misterios paganos, y con estremeciente terror implorar la cólera divina, pidiéndole uno de sus rayos para los ídolos del templo.

Y como si los ruegos del cristiano sacerdote hubiesen tenido virtud y alcance para llegar al exorable cielo, se oyó un terrible estruendo, abrióse la bóveda, y un rayo, desprendiéndose de las nubes, bajó á destrozar el ara y la estatua de Proserpina.

Tal es la leyenda que narran las viejas crónicas de La Rábida.

Ya desde entonces, cumplido el prodigio y respetada la leyenda, la historia avanza por caminos ciertos y seguros, y nos da exacta relación de las diferentes vicisitudes por que hubo de pasar aquel cenobio.

Primeramente, de templo gentilico se convirtió en cristiano, y en él asistieron por vez primera á los divinos oficios los habitantes de Palos, instruídos ya en los misterios de nuestra religión santa.

Fué luego retiro de monjes de diversas órdenes, y más tarde mezquita de los árabes, hasta que, según cuentan las crónicas, dos mozárabes llamados Ptolomeo y Teodoro trataron de restablecer el culto cristiano, consiguiendo del gobernador árabe de la comarca que les cediese el templo, mediante un tributo de cinco monedas de plata por cada uno de los cristianos que á él concurrieran.

Volvió entonces el edificio á manos de los sacerdotes de Cristo; pasó luego á ser dominio de los templarios, que sólo lo poseyeron veinticuatro años; y, finalmente, aposentáronse en él los frailes franciscanos, que allí permanecieron hasta la total extinción de los regulares en 1835.

Los hijos de San Francisco eran ya los custodios de la imagen de Nuestra Señora de los Milagros, llamada también Santa María de los Remedios y Santa María de la Rábida, el día en que la tradición, y con ella la historia, consignan el arribo de Cristóbal Colón á las puertas del convento. Desde este instante, es decir, desde la llegada de Colón, el monasterio de La Rábida, se convirtió en un gran monumento nacional de España, haciéndose célebre su nombre en todo el universo mundo.

La tradición afirma que allí llegó Colón, con su hijo Diego, cuando vino á España á solicitar el apoyo de los Reyes Católicos, para aquellos sus arriscados pero inmortales viajes, destinados á cambiar la faz del mundo; que, vencido por la fatiga, se sentó en las gradas de aquella cruz, todavía de pie, erigida ante el cenobio; que se acercó á llamar á aquella puerta para pedir un pedazo de pan y una taza de agua con que fortalecer á su pobre hijo, desfallecido por la sed, por el hambre y por el cansancio; que entonces conoció al guardián del convento, llamado por la tradición, ya que no por la crítica histórica, fray Juan Pérez de Marchena; que en el convento dejó al niño Diego, para partir á Córdoba, á Sevilla, á Granada, siguiendo su Odissea; que allí volvió más tarde desalentado y perdidas sus esperanzas, para allí recobrarlas de nuevo y nuevamente volver á la corte de los Reyes Católicos; que allí regresó, tercera vez con la Cédula Real, para aprontar buques con que partir al descubrimiento del Nuevo Mundo; que allí celebró sus famosas conferencias con el padre guardián, con Martín Alonso Pinzón y con el físico Garci-Hernández; que de allí partió el 3 de Agosto de 1492 para su viaje inmortal; y que allí, por fin, regresó triunfante después del descubrimiento.

Esto es lo que la leyenda dice, y sobra en verdad para hacer eternamente célebre el nombre de Santa María de la Rábida.

Luego veremos lo que dice la historia, que, por esta vez, está conforme con la leyenda, excepción hecha de algún detalle.

II

Cuando visité el convento de La Rábida, á últimos de 1848, estaba el edificio poco menos que abandonado y se le dejaba desmoronar poco á poco, olvidado en aquel rincón de la hermosa Andalucía, sin respeto á sus grandes recuerdos y sin amor á su gloria.

Á media legua de la villa de Palos, en la confluencia de los ríos Odiel y Tinto, sobre la meseta ó plataforma de una arenosa colina poblada de pinos, dominando el Océano y descubriendo anchos horizontes llenos de luz y de vida, se levanta el modesto cenobio de La Rábida, cuyo nombre va unido al de Cristóbal Colón y al descubrimiento de América.

Dicen unos que el nombre de La Rábida procede de *Rapta*, voz árabe que significa eremitorio ó algo así, y ésta parece ser la opinión más fundada; pero otros afirman que se deriva del latín *ravidus*, *rabida*, *rabidum*, suponiendo algún cronista que en época romana, después de haberse decretado el culto de Proserpina, la peste y toda clase de enfermedades invadieron la comarca de Palos, principalmente castigada por el mal de hidrofobia, por lo que, atribuyendo la calamidad á Proserpina, la deidad infernal, cambiaron su nombre en el de *Diosa de la Rabia*.

Al llegar la total exclaustación de los frailes en 1835, el convento de La Rábida quedó á cargo del Estado, y hubo de ponerse en venta, cuando la época de la primera desamortización, junto con la huerta, los alrededores y los demás bienes de la comunidad. Todo se vendió, excepto el convento, que no tuvo comprador. Parece que en él permanecieron, durante algunos años, el último guardián de los franciscanos y un lego; pero por falta de recursos hubieron de abandonarlo, quedando entonces completamente desierto y á merced de los primeros que quisieran aposentarse en él. Así sirvió de refugio á pordioseros y á hordas de gitanos vagabundos, y también de corral para los ganados que pastaban por aquellas colinas.

En esta época fué visitado por un literato ilustre, el Sr. Amador de los Ríos, á cuyo nombre y honrada memoria no ha pagado quizá la posteridad todo el tributo que á sus altos merecimientos se debe. Si mal no recuerdo, el Sr. Amador de los Ríos publicó en el *Semanario Pintoresco* uno ó varios artículos deplorando la situación en que se hallaba La Rábida, doliéndose de ello, y llamando la atención de los poderes públicos, á quienes increpaba duramente por el olvido y abandono de un monumento que, sólo por los recuerdos de Colón, debía considerarse como una gloria nacional.

Poco después de Amador de los Ríos estuve yo en La Rábida.

Presentaba un aspecto verdaderamente triste y desconsolador. Todo era destrozo y ruina. La iglesia constaba de una sola nave de más reducidas dimensiones que las señaladas al antiguo templo, y podíase ver todavía un modesto retablo, única ornamentación que quedaba en los altares, de los cuales manos impías arrojaron las estatuas de los santos que tranquilos moraban en sus hornacinas. El suelo estaba lleno de escombros, por entre los que aparecía de vez en cuando algún libro de coro, viudo de las miniaturas que en otro tiempo lo adornaban. Era imposible visitar aquellas ruinas sin sentir duelo en el corazón y tristeza en el alma.

Precisamente por aquellos tiempos, la provincia de Huelva pidió al Gobierno la cesión del edificio, con el propósito de salvarlo de su total ruina, y allí fué entonces colocado un guarda con su familia, para vigilar y atender á la conservación, comenzando desde aquel momento á ser visitado por nacionales y extranjeros, que acudían solícitos á recorrer los sitios consagrados por la memoria del gran argonauta.

El edificio es modesto y nada de particular ofrece en su arquitectura.

Consérvanse algunas almenas, que parecen recordar la dominación de los Templarios, y también algunos vestigios de su fundación primitiva.

En la plataforma, frente á la portería, se levanta un grueso pedestal de forma cilíndrica, con una cruz de hierro, circuido por anchas gradas de piedra. Es la cruz tradicional de Cristóbal Colón.

El convento, en su interior, lo forman dos claustros, bajo y alto, con varias celdas que hubieron de construirse en épocas distintas y á medida que lo exigían las necesidades de la comunidad. La parte más antigua se supone ser la del claustro interior del piso bajo. Braulio Santa María, en su libro titulado *Huelva y La Rábida*, dice

que, según tradición, sirvió de morada á los sacerdotes custodios de la estatua de Proserpina, que estuvo colocada en el mismo sitio donde hoy existe el altar mayor de la iglesia. En este piso bajo estaban el refectorio, la cocina, las despensas y otras dependencias del convento, á más de varias celdas, comunicándose con la iglesia y la sacristía por medio de pasillos y puertas interiores.

Dos distintas escaleras conducen al piso alto, y en él se hallan hasta diez celdas, una de las cuales se supone que fué ocupada por Cristóbal Colón durante su permanencia en aquella santa casa, y otra que se dice haber sido la del padre guardián fray Juan Pérez.

Por lo tocante á la iglesia, ya queda dicho que es muy modesta y sencilla. La bóveda es baja, como proporcionada al resto del edificio, y recibe luz por la media naranja que hay en el presbiterio, de construcción fortísima y ruda arquitectura. La puerta exterior de la iglesia es de estilo ojival.

La situación del convento es verdaderamente encantadora, dominando el mar Atlántico, y delicioso el panorama que se descubre desde el mirador, observatorio astronómico del padre guardián, amigo de Colón y también del mismo intrépido nauta que pasó en él largas horas de meditación y estudio.

Cuando estuve en aquellos lugares, así la celda del llamado fray Juan Pérez de Marchena, como la de Colón, como también el observatorio, tenían sus paredes llenas de inscripciones, debidas al entusiasmo de los viajeros, y encaminadas á ensalzar y bendecir al digno religioso que dió hospitalidad al errante marino, á loar al descubridor del Nuevo Mundo, y á deplorar la incuria de los gobernantes que dejaban perecer en el abandono, en el olvido y en la ruina aquel monumento de gloria. Eran entonces aquellas paredes reflejo vivo de la opinión pública. Cada visitante se consideraba obligado á referir y consignar allí sus impresiones y sentimientos.

Parecióme oportuno recoger y trasladar á mi cartera de viaje las inscripciones que más fijaron mi atención, y bien me hubo en ello, y acertado anduve, pues no tardó en hacerlas desaparecer la primera restauración de La Rábida, que vino al poco tiempo.

En el lugar más visible de la celda de Colón vi dibujado un cartel á manera de pergamino, entre ramas de laurel artísticamente enlazadas, revelando una mano diestra en manejar el lápiz. El centro del pergamino estaba ocupado por los famosos versos de la *Medea*, de Séneca, que vienen á ser realmente una profecía, anunciadora del descubrimiento de América, y al pie se leía la traducción en verso castellano, todo en esta forma:

*Venient annis soecula seris
Quibus Oceanus vincula rerum
Laxet, et ingens patebit tellus
Typhisque novos detegat orbis
Nec sic terris ultima Thule.*

Y así decía la traducción:

Viniendo siglos, llegará algún día
En que la mar oceana abrirá paso
Á un nuevo Typhis que á distintas tierras
Y á nuevos mundos llevará sus barcos,
Y desde entonces la lejana Thula
Ya no será el lugar más apartado.
¡Gloria á Colón!

Nadie firmaba estos versos, que no parecían del todo mal, ni tampoco era mala la traducción, dada la manera de estar escritos los latinos, en los que acaso haya un error de cuenta. El cuarto verso de Séneca en lugar de decir *Typhisque*, acaso diría *Tethysque*, con lo cual la traducción debiera ser: «Con los siglos llegará un tiempo en que el Océano desatará sus lazos, y la diosa Téthys tendrá nuevos mundos descubiertos, no siendo entonces Thula el límite de la tierra.»

Suscritos por una que se titulaba *La pobre peregrina*, se veían en otro lugar estos versos:

Colón, tu genio profundo
bien se debe celebrar,
pues, no cabiendo en un Mundo,
otro fuistes á buscar.

Firmado con las iniciales *J. G. J.*, se leía este pareado:

¡Al nauta Genovés, honor y gloria!
¡Benedicid, españoles, su memoria!

En un ángulo de la celda aparecía este otro, sin firma:

Mi pasmo admirador, Colón, recibe,
Y glorioso en la *Gloria* eterno vive.

Un viajero que, al propio tiempo que entusiasta de Colón, debía serlo del insigne poeta D. Ángel Saavedra, duque de Rivas, autor del *Don Álvaro*, escribió en la pared los siguientes versos, que ignoro si entonces eran inéditos todavía, y que luego formaron parte de uno de los romances del Duque:

Habla la egregia Reina de Castilla Doña Isabel la Católica, y dice, dirigiéndose á Cristóbal Colón, su gran Almirante:

Lleva á ese ignorado Mundo
los castellanos pendones,
con la santa fe de Cristo,
con la gloria de mi nombre.
El Cielo tu rumbo guíe,
y cuando glorioso tornes,
¡oh Almirante de Castilla,
Duque y Grande de mi Corte!
tu hazaña bendiga el Cielo,
tu arrojo al Infierno asombre,
tu gloria deslumbre al Mundo
y abarque tu fama el orbe.

M. Tenorio, firmaba las siguientes décimas, que se conoce fueron improvisadas:

Á UNA CALAVERA

Descarnada calavera,
¿qué haces, desdichada, aquí?
¿lloras, por ventura, dí
lo que otro tiempo esto era?
Llora, llora lastimera
tanta ruina, estrago tanto,
y pueda tu amargo llanto
recordar á los curiosos
los siglos ¡ay! venturosos
de Pavía y de Lepanto.

Acaso tu frente grave
escuchó absorta á Colón
calcular la expedición
á América con su nave...
Acaso el viento süave
que hinchó su flotante lona
meció la fresca corona
de tus rizados cabellos...
y el tiempo te privó de ellos,
y á España de aquella zona...

Al pie de las décimas de Tenorio:

Cual de ruinas lodazal inmundo,
Mírase el templo de eternal memoria,
Que vió en un tiempo al hombre sin segundo,
En brazos de la gloria,
Lanzarse al mar por descubrir un Mundo.

M. y B.

Todavía abundaban más las inscripciones y recuerdos en las paredes de la celda que fué del P. Guardián Fr. Juan Pérez de *Marchena* que, si no recuerdo mal, tenía uno ó más balcones de donde se disfrutaba de una admirable vista, pareciéndome que se distinguía á lo lejos la ciudad de Huelva, tendida por la playa como gran montón ó golpe de piedras blancas escupidas por las olas.

Ya en esta otra celda, á causa quizá de su estado lamentable, la musa inspiró á los visitantes alguna impresión más viva y más atrevida, como podrá juzgarse por aquellas de que recogí copia, y se van á leer.

Los primeros versos que se ofrecieron á mi vista decían:

Un pensamiento colossal abriga
El gran Marchena, y de entusiasmo lleno,
Con dulce ruego al genovés obliga
Á que del gran Fernando el cetro siga.

En otro punto, y también sin firma, en lo que su autor no hizo mal del todo :

La antorcha de la Fe brilló luciente
Por Marchena en las playas de Occidente.

También la *pobre peregrina* escribió en esta celda:

Marchena ilustre, tu nombre
el mundo no olvidará,
que un Mundo valióle á España
tu digna hospitalidad.

Pero ya estos dulces y tiernos recuerdos se trocaban en acentos de ira, en quejas, anatemas y lamentos, así que los ojos se fijaban en las siguientes inscripciones, unas con firma y otras sin ella, unas en prosa y otras en verso, distribuídas por las paredes de la celda, y escritas algunas con mano trémula y nerviosa, como si obedeciera á sentimientos de indignación y de cólera:

¡Baldón eterno á la España
que así abandona sus glorias!

Saldabón.

«Es una gran vergüenza que caiga este monumento y desaparezca entre sus »escombros, sepultando con él, para borrón nuestro, uno de los más preciados »recuerdos de nuestra historia.—C.»

¿Dó está el coloso que colmó de gloria
El gran reinado de Isabel Primera?
En el cielo ha de estar, que su victoria
Abrióle el paso á la celeste esfera.
En el mundo nos resta su memoria:
El escalón primero que él subiera,
Este convento fué. ¡Quizás se hunda
En el reinado de Isabel Segunda!

A. de Sierra.

«Oú est la fière Espagne de Charles-Quint?... La Rábida, dans son langage muet, dit qu'elle n'y est pas!»

Rüinas del tiempo son;
más que del tiempo, del hombre;
destrucción para baldón
y afrenta de nuestro nombre.

Félix Suárez.

Y por este estilo, y de este tenor, otras muchas inscripciones, que no reproduzco porque basta un botón para muestra.

Tales son los viejos recuerdos de mi primer viaje á La Rábida.

III

Decididamente parecía que La Rábida estaba destinada á morir.

En 1851, al ver inevitable la ruina, acordó el Gobierno el derribo del convento, exceptuando la iglesia y aquella parte del convento que pudiera ofrecer más seguridad. Al efecto, se dictó una Real Orden, con fecha 5 de Agosto de aquel año, mandando derribar la parte ruinoso y vender los materiales, cuyo producto se destinaba á la adquisición de una lápida que, colocada en aquel sitio, recordase á los venideros la residencia de Colón en La Rábida.

Era entonces gobernador de Huelva el Sr. D. Mariano Alonso del Castillo, y fortuna fué la de estar regentando aquel gobierno tan ilustradísima persona. Vaciló al recibir la Real Orden, y tomó bajo su responsabilidad la de suspender sus efectos, permitiéndose decir al ministro, que suspendía la demolición hasta *nuevo mandato*, porque, decía textualmente, *si en derribar y destruir parte de esos recuerdos fuésemos muy apresurados, la censura pública y la historia misma se apoderarían de nuestros actos, entregándolos á la animadversión de nacionales y extranjeros*. La comunicación del gobernador debió de hacer efecto al ministro, tanto más cuanto que iba acompañada de una sentida exposición á S. M. la Reina, cuyo apoyo se solicitaba para suspender el derribo y para proceder á la inmediata restauración. Debe consignarse el nombre de Alonso del Castillo como el de un patricio eminente. Gracias á él La Rábida vive todavía.

Suspendiéronse los efectos de la Real Orden; pero nada se acordó respecto á la restauración del edificio, que proseguía en ruina, hasta que acertaron á visitar aquellos sitios, en Marzo de 1854, los Sres. duques de Montpensier, acompañados de su augusta madre la Reina doña María Amelia, viuda del último Rey de los franceses. Tristemente impresionados SS. AA. los duques de Montpensier, excitaron el celo de las autoridades y corporaciones de la provincia, y abrieron en el acto una suscripción que iniciaron con un donativo, consiguiendo con tan noble ejemplo el fin que se proponían. La suscripción fué secundada y comenzóse activamente la restauración de La Rábida, que terminó y se inauguró el 15 de Abril de 1855, con asistencia de los mismos duques de Montpensier, quienes donaron en esta ocasión el retablo del altar mayor de la iglesia y varios objetos destinados á la celda que fué del guardián fray Juan Pérez, y en la cual se celebraron las conferencias con Cristóbal Colón.

Eran estos objetos, entre otros, un retrato al óleo del gran Almirante, copia del existente en la catedral de Sevilla; un cuadro representando la llegada de Colón con su hijo Diego á la portería del convento; otro lienzo en que se reproduce la celda del P. Guardián y en ella á Colón conferenciando con fray Juan Pérez, Martín Alonso Pinzón y el físico Garci-Hernández; otro que es la publicación, en la iglesia

de Palos, de la Real Pragmática para el reclutamiento de gente y apresto de naves; otro figurando á Colón en el acto de despedirse de fray Juan Pérez, al pie de la colina en que se levanta el convento, el día 3 de Agosto de 1492, al partir la flotilla, y un álbum donde pudieran continuar sus impresiones y firmas los visitantes.

También la Diputación provincial de Huelva regaló otros varios cuadros para adorno de la celda, entre ellos los retratos de Isabel I *la Católica*, de Isabel II y de Cristóbal Colón, todos del pintor Roldán. Hay asimismo los retratos al óleo de los duques de Montpensier, y un lienzo en que el pintor francés Mr. Deligny figura el momento solemne en que Cristóbal Colón, desde el alcázar de *La Santa María*, al rayar el alba, enseña á los absortos marineros la primera tierra del Nuevo Mundo que se ofreció á su vista.

Como es de suponer, desde la restauración y desde que los Sres. Duques de Montpensier tuvieron la noble idea de emprenderla, desaparecieron las inscripciones y leyendas que llenaban las paredes; el edificio recobró animación y vida con la continua visita de viajeros; fué declarado monumento nacional en 1856, y la provincia viene sosteniéndolo y mejorándolo, acudiendo, dentro de su presupuesto, á sus reparos y necesidades.

Hubo primero la idea de convertir á La Rábida en lazareto, ó mejor, casa de refugio para marinos inutilizados en campaña; se pensó después en destinar el edificio á otros usos, no menos patrióticos y humanitarios; se acordó abrir una suscripción para erigir un monumento á Cristóbal Colón y á fray Juan Pérez, y ofreció su apcyo y protección S. M. el Rey D. Alfonso XII cuando en Enero de 1876 visitó aquellos lugares; pero nada se resolvía en definitiva.

Por fortuna, los sucesos y la Providencia con ellos, han venido á zanjar la cuestión. Desde que en un consejo de ministros, presidido por el ilustre repúblico Don Práxedes Mateo Sagasta—del cual tengo á honra y gloria haber formado parte, como ministro de Ultramar,—se acordó celebrar en España el cuarto centenario del descubrimiento de América, la restauración completa de La Rábida se impuso como imperiosa é irresistible necesidad. En estos instantes se levanta el monumento á las puertas del inmortal cenobio, y está terminándose la restauración del edificio, bajo la inteligente dirección del acreditado arquitecto Sr. D. Ricardo Velázquez, que á sus conocimientos y estudios científicos reúne la intuición y el genio del artista.

La Rábida, á fines del siglo XIX, se levanta con todos los esplendores de la gloria que á fines del siglo XV adquirió, continuada por cuatro centurias de no interrumpida y constante tradición, á la cual hoy más que nunca comunican luz, calor y vida los viajeros que la visitan en peregrinación y romería, los oradores que la ensalzan en grandilocuentes discursos, los artistas que la immortalizan con su buril, su pincel ó con su lápiz, los historiadores y literatos que la recuerdan en libros imperecederos, los poetas que la cantan en himnos de gloria, y dos Mundos que la conmemoran y glorifican con voces de gratitud y de alabanza.

Por lo que se refiere al álbum que en la celda del P. Guardián dejaron los seño-

res duques de Montpensier, y otro que, como continuación del primero, regaló la Diputación de Huelva, bien pronto se llenaron de composiciones en verso y en prosa, de pensamientos, leyendas y firmas, como antes ocurrió con las paredes ya de antemano convertidas en álbum por los primeros visitantes.

Revueltas allí y mezcladas con las firmas de reyes y de príncipes de la sangre, como Alfonso XII y María Amelia reina de Francia, como las infantas doña Isabel y doña María de la Paz, la tierna poetisa, y como los duques de Montpensier y los de Nemours, se leen los de príncipes de la Iglesia, prelados insignes, y los de príncipes de las letras, como García Gutiérrez, López de Ayala, el marqués de Molins y Emilio Castelar, quien ha escrito recientemente una página que será inmortal con su *Misa en La Rábida*, destinada á ser universalmente conocida tan pronto como la entregue á la publicidad la prensa de los Estados Unidos.

Allí aparecen, anónimas á veces y otras firmadas por personas desconocidas, pensamientos raros y extraños unos, sublimes otros y elevados, pero hijos todos del sentimiento y de la impresión que en aquellos lugares dominan á los visitantes, lo cual hace que estos albums sean libro interesante de observación y de estudio para apreciar el corazón humano y juzgar del efecto que en el pueblo español, y entre altos y bajos, sigue produciendo aquel suceso que cambió los destinos del mundo.

Las alabanzas á Cristóbal Colón y la glorificación de su nombre son continuas y llenan todas las páginas, partiendo cada una del criterio, del espíritu de observación ó de análisis que guía la pluma del escritor, lo cual hace que halle más útil el libro y más interesante quien, con ánimo frío y desapasionado, recoge para estudio de la humanidad aquel conjunto de ideas, de pensamientos, de impresiones, de excentricidades, de rarezas, de romanticismos ó de naturalismos, de minucias ó de sublimidades, de movimientos del alma ó de manifestaciones del ingenio, de disquisición, de crítica, de agudeza, de candor, de entusiasmo ó de flaqueza: que todo esto es el album de La Rábida, donde, confundidos y en tropel, se hallan los escritos del magnate y del plebeyo, del ateo y del creyente, del filósofo y del poeta, del que todo lo admira y del que lo desdeña todo, del que se vende al expresar sus sentimientos, del que se acusa al escribir su confesión, del que se entrega al revelar sus emociones.

Así, por ejemplo, mientras que uno cuyo nombre es totalmente desconocido, dice en Marzo de 1860, que el descubrimiento de América es el mayor suceso de cuantos la Humanidad consigna en sus anales y el que más prosperidad y bienes hubo de atraer á España; otro, cuyo nombre es por el contrario, perfectamente conocido, dice, en Enero de 1869, que á veces los más grandes hechos producen los peores resultados y que al descubrimiento de América se debe la decadencia de España.

En una de las páginas del álbum, el marqués de la Corte cree y escribe que sin las órdenes religiosas Colón no hubiera hallado valimiento en la corte de los Reyes Católicos; que sin ellos no registrarían los anales de nuestra historia patria la legislación de Indias, verdadero Código, añade, donde la dignidad humana halló su

asiento, donde la *libertad* y la *igualdad* encontraron su práctica aplicación, donde la *fraternidad* entre los hombres de distinta raza estrechó los vínculos de la sociedad humana; y concluye pidiendo al cielo que, si por segunda vez visita La Rábida, recuerdo imperecedero de la antigua España monárquica y católica, haga que encuentre restablecidos los institutos monásticos. Y en otra página, un anónimo, después de recordar en sentidos párrafos de gallarda prosa castellana la profecía del *Venient annis* de Séneca, dice que el genio de Colón, representando el progreso humano y rompiendo las ataduras con que las órdenes monásticas pretendían sujetarle, se lanzó á los mares, borrando el *non* del *plus ultra* escrito por la ignorancia y el atraso de la Humanidad.

Enrique Gil, de quien ya no se acuerda la sociedad actual, y que vivió en pleno romanticismo, dejando un volumen de sentidísimas poesías, y otro de galana y robusta prosa, escribió: «¡El Nuevo Mundo! ¡El Nuevo Mundo! He aquí que las tinieblas cubrían su faz, y Cristóbal Colón lo sacó de las tinieblas.» Y tomando por epígrafe estas palabras, dice en el álbum otro dulce poeta, también difunto, don Francisco Pérez Echevarría: «Cada ola de los mares es un himno á Colón, armonía inmortal que canta la gloria del genio y la gloria de España.»

El álbum guarda como una joyita la siguiente décima del poeta Mario Méndez Bejarano:

Á LA RÁBIDA

Peña do el águila herida
temblando emprendió su vuelo;
concha que buscó en su anhelo
la perla en el mar perdida;
tú, sol perenne de vida,
cual del genio la memoria,
diste, alumbrando la Historia,
de gloria un rayo fecundo
que engendró en el mar un mundo
para eternizar tu gloria.

Luis de Rute consagra un sentido recuerdo á Colón y á los héroes españoles que han mantenido enhiesta la bandera de la patria en apartadas regiones; Justo Rodríguez Alba traza á grande rasgos la historia del Almirante; y Jerónimo Martín evoca la memoria de Alonso Sánchez, de Huelva, al que atribuye la gloria del descubrimiento.

El cronista Oviedo fué el primero, si no estoy equivocado, en hablar de ese Alonso Sánchez y entregar su nombre á la publicidad. Dice que era un piloto nacido en Niebla, provincia de Huelva; que mantenía relaciones comerciales entre España y las islas Canarias, y que en cierta ocasión se vió arrastrado con su barco por vientos contrarios á una isla desconocida del lejano Occidente. Á su regreso, fué recogido y amparado por Cristóbal Colón quien le llevó á su casa; pero como había sufrido y padecido mucho, murió á pesar de cuantos cuidados se le prodigaron y con él cuatro

más de sus compañeros, no sin antes haber hecho á Colón importantes revelaciones acerca de los ignorados países occidentales. El suceso este no ha sido probado ni mucho menos. Varios cronistas lo cuentan, y hasta si no estoy mal informado, existe en Huelva una calle á la que se ha dado el nombre de Alonso Sánchez. Pero es difícil averiguar la verdad, y aunque se averiguara, en nada enturbiaría la gloria de Colón, quien es sabido que honradamente exponía las razones científicas y revelaba las noticias que tenía para demostrar la existencia de otras tierras.

Y volviendo ahora al álbum de La Rábida, bastará decir, para conocimiento de los lectores, y en resumen, que se pudieran llenar muchas páginas si hubiere de darse minuciosa noticia de cuanto contiene. En él se continúan bellísimas composiciones poéticas, muy notables algunas de ellas, de Francisco Pérez Echevarría, de Méndez Bejarano, de Narciso Campillo, de Francisco Rodríguez Zapata, de Justo Jimeno Domínguez, de José de Velilla, de José S. Mora, de Juan J. Bueno, de A. G. Clemencín, de Eduardo Garrido Estrada, de Juan de Dios de Mora, de Antonia Díaz y Fernández, de José Fernández Espino, de Juan Manuel Álvarez, y de otros varios. También se expresan deseos y votos, como, por ejemplo, el del cardenal arzobispo de Sevilla, que anhela ver levantarse allí un monumento á la gloria de España, y el de Fr. Martínez Cazorla, el cual se esponea en estos términos, que merecen reproducirse:

«Colón fué hijo de Cristo y heredero anticipado de sus glorias. Tuvo vida de trabajos y desconocida por entre los suyos. Tuvo un Thabor donde vieron sus majestuosos resplandores de inteligencia en un asilo de los hijos de Cristo; un Calvario, en la conquista de un mundo, y una gloriosa beatificación ó canonización le espera tal vez en la posteridad.

»Cristo, nuestro Señor, conquistó un mundo para sí, y Colón conquistó otro para Cristo.

»Cristo es el gran verbo de la divinidad revelado al hombre. Colón el gran verbo de la humanidad que se eleva á Dios.»

También, entre muchas otras, aparece la firma de Braulio Santa María, cronista de Huelva y autor del interesante libro *Huelva y La Rábida*, á quien es justo consagrar este recuerdo, por ser uno de esos inteligentes y curiosos inquiridores consagrados á escribir historias y crónicas particulares de las villas y ciudades, que tanto elemento aportan á la historia general del país.

Pero entre todos los votos y deseos que hallan manera de manifestarse en el álbum de la Rábida, ninguno quizá merece tanta atención como el que expone un extranjero, religioso italiano, llamado Fr. Marcelino De-Civezza, historiador de la Orden franciscana y miembro de varias academias científicas y literarias de Europa, reconocido por su ilustración y su ciencia.

El P. De-Civezza vino á España en 1877, por encargo de la Orden, en busca de datos históricos que hicieran referencia á Cristóbal Colón, y hubo de visitar el convento de La Rábida, en las páginas de cuyo álbum escribió en gallarda prosa italiana un verdadero himno á Cristóbal Colón.

Comienza su escrito felicitándose de que, por fin, y no sin pena, se ha conseguido que empiece á resplandecer, después de cuatro siglos, la gloria de Cristóbal Colón, destinada á ser eterna. Dice que Colón, como Cristo,apuró hasta las heces el cáliz de la amargura, y se lamenta de que, ni aun en su sepulcro y en su memoria, haya sido respetado aquel hombre maravilloso que descubrió un mundo y cuya alma se alimentaba sólo de gloria, de justicia y de luz. Increpa á los acusadores de Colón y más principalmente al que aparentó hipócritamente salir en su defensa para más injuriarle; pero alienta la esperanza de que el vencedor de la ignorancia y de la envidia de los hombres, acabará por triunfar de la conjuración que en vano intenta ahora denigrar su memoria.

El P. De-Civezza hace voto de consagrarse mientras viva á la causa y defensa de Colón, y termina con estas notables palabras:

«¡Honor á España! Si un día por un hijo [suyo indigno (Bobadilla) te llevó á la cima del Calvario, hoy venera sinceramente tu memoria y trabaja por glorificarte. Aquí mismo va á levantar un monumento digno de ti... Una sola cosa falta: que tus cenizas de las playas americanas, donde están todavía, vengan aquí para que descansen eternamente unidas á las de tu noble amigo el Guardián de La Rábida, y así llegará á ser este lugar uno de los más famosos santuarios de la tierra, al que de todas partes acudan viajeros para prosternarse reverentes ante tu sepulcro.»

Así concluye De-Civezza su brillante escrito.

Y quién sabe ¡quién! lo que pueda ocurrir andando los tiempos. La Rábida sería en efecto, un gran monumento para guardar las cenizas del descubridor inmortal.

IV

Pocas líneas más para terminar estos artículos.

La moderna crítica histórica pretende rectificar, en parte al menos, la leyenda colombina.

Después de minuciosas é importantes disquisiciones, aparece ahora demostrado que el fray Juan Pérez de Marchena, Guardián de la Rábida, era sencillamente Juan Pérez, siendo el Marchena otro personaje llamado fray Antonio de Marchena, franciscano también como el primero y, como él, grande amigo y protector de Colón.

De los trabajos realizados por la crítica resulta que el P. Guardián de La Rábida se llamaba fray Juan Pérez. Hubo de ser en cierta ocasión confesor de la Reina doña Isabel, y elegido después Guardián del convento de La Rábida, decidió abandonar el bullicio de la corte, que no cuadraba á sus deseos de tranquilidad y reposo, para refugiarse en el cenobio que á orillas del Océano levanta sus muros, bien ajeno de pensar que aquel retiro y aquellas soledades iban á darle fama eterna, asociando su nombre al más grande suceso de la historia y de los siglos.

Pero, ¿por qué se ha llamado por la tradición, por la leyenda y por la historia fray Juan Pérez de Marchena, haciendo de dos personas una sola? La equivocación, según parece, parte de los cronistas Gomara y Herrera. Por error de concepto, de copia ó de imprenta, confundieron dos personajes en uno, y ya luego se partió de este yerro por los historiadores sucesivos, consagrándolo como verdad histórica.

Fray Antonio de Marchena, distinto de fray Juan Pérez, y que nada tiene que ver con él, no fué nunca Guardián de La Rábida, ni nunca estuvo tal vez en aquel convento. Era un fraile franciscano humilde y modesto, pero sabio humanista y gran cosmógrafo. Le llamaban el *astrólogo*, y formó parte del congreso ó junta de Salamanca que entendió en los proyectos de Colón, siendo uno de los que decididamente y con más franqueza se puso de parte del inmortal navegante. En una carta de los Reyes Católicos á Cristóbal Colón, escrita desde Barcelona, cuando se estaba en los preparativos del segundo viaje, dicen los monarcas al Almirante: «Nos parece que sería bien llevádeses con vos un buen astrólogo, y nos parecía que sería bueno para esto fray Antonio de Marchena, porque es buen astrólogo y siempre nos pareció que se conformaba con vuestro parecer». También el mismo Colón, en carta que una vez, desde La Española, escribió á los Reyes, les decía: «Nunca hallé ayuda de nadie, salvo de fray Antonio de Marchena, después de aquella de Dios eterno.»

La leyenda hizo de estos dos religiosos uno solo, dando así lugar al error de cronistas, historiadores, leyendistas y poetas.

Otro punto ha tratado también de rectificar la crítica histórica; pero ya en él la evidencia no resulta tan marcada ni tan definitiva, y paréceme que por esta vez habrá triunfado la leyenda.

Los historiadores y cronistas en su gran mayoría, por no decir en su totalidad, encuentran siempre por vez primera á Cristóbal Colón al pie de la cruz solitaria ante las puertas de La Rábida. Allí es donde Cristóbal Colón es presentado á la historia por la leyenda. Allí parece que fué á parar inmediatamente después de su llegada á España, comenzando entonces sus relaciones con el P. Guardián Fr. Juan Pérez, que hubo de ser uno de sus más fervientes protectores cerca de la Reina doña Isabel.

Dicen y afirman los historiadores que Colón salió de Portugal el año 1484 ó siguiente, y dió consigo en la villa de Palos, «donde quizá tenía conocimiento con algunos de los marineros de allí», según escribe el obispo Fr. Bartolomé de Las Casas, «y también por ventura con algunos de los religiosos de San Francisco del monasterio que se llama Santa María de La Rábida.» El P. Guardián Fr. Juan Pérez, maravillado con los proyectos de Colón, dióle cartas y recomendaciones para altos personajes de la corte, y á ella se fué el futuro Almirante y virrey de las Indias, dejando en el convento á su hijo Diego, de muy cortos años entonces.

Esta, repito, es la opinión general en la que hasta aquí anduvieron todos de acuerdo, historia y leyenda; pero aparece recientemente un estudioso autor, Rodríguez Pinilla, y, aportando gran caudal de buenas razones y autoridades, niega terminantemente y en absoluto el suceso. Afirma que Colón no estuvo en La Rábida

hasta 1491, cuando, desahuciado por los Reyes y entristecido por las contrariedades, se partía para Francia yendo á recabar de otros países el apoyo que en España no encontraba. Entonces fué cuando el citado autor cree que Colón conoció á Fr. Juan Pérez, quien le instó á quedarse en el convento, abriendo su ánimo á nuevas esperanzas, mientras él en persona se dirigía á la corte para impetrar el apoyo de los Reyes, como así lo hizo, valiéndose de sus antiguas influencias y relaciones, hasta conseguir que Colón volviera á ser llamado y se reanudaran con él tratos y convenios, por aquella vez definitivos.

Esta opinión, por lo referente á la negativa de que Colón estuviera en La Rábida al llegar á España, no parece destinada á prevalecer. Por esta vez, y no será ciertamente la primera, todo indica que la crítica histórica será vencida por la leyenda.

Conformes están los historiadores, y de acuerdo, en la llegada de Cristóbal Colón á las puertas de La Rábida, acompañado de su hijo Diego, aunque no pordioseando, según, con error, dicen algunos, sino, como atestigua Fr. Bartolomé de Las Casas, en demanda de marinos y religiosos con quienes de antes tenía relaciones. Todo cuanto atañe á este punto, lo propio que á la intervención que tuvo en el descubrimiento del Nuevo Mundo el Guardián de La Rábida, lo deja clara y perfectamente demostrado, mi excelente amigo el aragonés D. Faustino Sancho y Gil en cierto eruditísimo trabajo que recientemente ha escrito, inédito aún en estos momentos, pero del que me fué dado gozar las primicias.

De todas maneras, ya sea exacta la tradición, ya la enmienda de la crítica histórica, siempre resulta claro y positivo que fué La Rábida el lugar sagrado, y su Guardián Fr. Juan Pérez el hombre escogido para ofrecer hospitalidad y protección al glorioso marino que así recobró esperanzas perdidas viendo brillar á sus ojos nuevos horizontes. Allí cobró su ánimo alientos de luz y de vida; allí regresó con la Cédula Real que le hacía dueño de una flota; de allí partió como un espíritu de Dios llevado sobre las aguas, para ir á surcar las tenebrosas mares que guardaban en su seno el ignorado Mundo.

Las naciones todas; los hombres de toda religión, de todo país, de todo linaje; la ciencia, la poesía, la historia, la tradición, la leyenda; poderosos y humildes, magnates y plebeyos, cielos y tierras, todos deben acatamiento y respeto á ese modesto cenobio; y España, á quien plugo á Dios concedérselo en depósito sagrado, tiene la misión y el deber ineludibles de atenderlo y conservarlo, so pena de aceptar la tremenda responsabilidad de la ruina y someterse al inapelable fallo de Dios, de la posteridad y de la historia.

Todo esto es, todo esto tiene, todo esto merece el cenobio providencial que se eleva junto á la ría de Huelva, la Onnuba antigua, á quien acuden á rendir el tributo de sus aguas el Odiel y el Tinto, y ante quien extiende sus llanuras con reflejos y cambiantes de todas luces y colores el mar que abrió paso á las carabelas legendarias.

Asombra el monasterio por su humildad y pobreza cuando se le ve bajo los resplandores de aquel cielo ignífero que le sirve de techumbre y de aquel sol africano

que le caldea con sus besos; á la margen de aquellos ríos que alzan cariñosos murmullos parecidos á coros de voces humanas en oración; en medio de aquellos lugares donde los espacios se llenan y perfuman, más que de aromas de las huertas, de aromas de la historia; y enfrente, de aquellos mares que le besan con sus acres brisas, le arrullan con sus sonantes olas y le conmueven con sus másculas tempestades.

Pero de su propia pequeñez nace en La Rábida su grandeza, que es el santuario en cuyo seno «se discutió el problema de mayor interés para la humanidad que ha sido nunca planteado, después del que quedó resuelto sobre las pajas de Belén y los tomillos del Gólgota», según dice Faustino Sancho con su galana frase. Más aún que los destinos de Colón, allí se fijaron los destinos del mundo.

Todo es modesto y humilde en aquel claustro, pero no existe ninguno que sea tan grandioso, ni tan excelso, ni tan magnificado por la gloria. La grandificencia de San Francisco en la parvedad; la sublimación del Gólgota en un mísero añojal de patria española; la inmortalidad en la miseria; la glorificación en la pequeñez; todos los vastos horizontes del ideal en la mezquindad y naturalismo de una minucia de la tierra.

Allí no hay agujas afiligranadas que taladren los cielos, ni robustas torres que suban á esconder sus campanas entre las nubes, para que al sonar el bronce santo, el llamamiento á los fieles parezca descender del cielo: no hay almenas, ni murallas, ni puentes levadizos, ni heráldicos blasones de odiseas feudales ó palatinas; no hay artesonados; ni tapices, ni áureas leyendas, ni sedas, ni labores, ni esculturas. Sólo una cruz, y al pie de ella unas gradas en que se sentó un hombre llamado Cristóbal Colón; sólo una celda blanqueada con cal, y en ella un fraile que se llamó fray Juan Pérez; sólo un patio, y en él una triste y solitaria palmera que recuerda haber oído hablar de grandezas y maravillas á unos hombres desconocidos; sólo una iglesia sin más adorno en sus paredes que unos exvotos allí colgados por marinos que regresaban de un viaje á tierras ignoradas, y sólo un altar, y en él la grosera imagen de una Virgen á cuyas plantas se postró el descubridor de un mundo; y sólo, á poca distancia, un puerto y una rada de donde salieron un día tres carabelas aventureras que, al regreso de un milagroso viaje, trajeron prendas, y artes, y frutos, y pájaros que nadie conocía, y, con ellos, seres humanos, para todos y para todo el mundo de entonces, también desconocidos.

Sí; La Rábida es, en efecto, la peña de donde el águila real alzó su esplendoroso vuelo; y he aquí por qué en sus tierras y en su recinto debe elevarse el monumento á la gloria de Colón; he aquí por qué su nombre ha de ir siempre unido al de aquél que domó los mares bajo la quilla de sus bajeles, abriendo en ellos nuevas vías hasta entonces al mortal desconocidas; y he aquí, finalmente, por qué no existe en el orbe lugar más digno, ni monumento más propio para conservar la tumba y guardar las cenizas de aquel que, así como Cristo conquistó un mundo para sí, él, á su vez, conquistó otro mundo para el mundo y para Cristo.

Villanueva y Geltrú, Casa Santa Teresa, 15 de Mayo de 1892.

VICTOR BALAGUER

TOMO II.

5

ESCUELA DE ESTUDIOS
HISPANO-AMERICANOS

BIBLIOTECA